CAPITULO XIV.

ISOLINA HACE SU PRIMERA SALIDA DE FIGURANTE.

COMO una compañía dramática que tiene burros propios está siempre, como hemos dicho ya, con el pié en el estribo, no sorprenderá al lector benévolo que desde San Luis Potosí nos traslademos á Toluca; máxime si el salto tiene el piadoso fin de no fatigar la atencion, ni agotar la paciencia de quien nos lea, con la descripcion de un nuevo viaje.

Despues de mil trabajos y contratiempos, Pico é Isolina llegaron á Toluca para formar compañía bajo los auspicios de un señor empresario y actor que, como Romero

del Campo, habia recorrido casi todos los campos de la república.

Isolina encontró la ocasion propicia para ayudar al pobre de Pico en su precaria situacion, y se contrató en la compañía.

El empresario no conocia á Isolina; pero puso su nombre en los programas contando con una figurante mas.

Pico llegó al meson donde lo esperaba Isolina, llevándole un traje de aldeana.

Desdoblaron entre ambos aquellas ropas ajadas, sucias y mal pergeñadas; é Isolina vió con tristeza aquellos extraños atavíos por el extraño contraste que hacian con la disposicion de su espíritu.

Aquello era su primer sacrificio: engalanarse es grato siempre á la muger, y suele ser esto hasta un lenitivo á sus dolores; pero verse obligada á ataviarse con un adefecio ó con un vestido ridículo, es, y ha sido siempre, el mas penoso de los sacrificios para la muger.

Isolina comprendia que aquellas ropas abigarradas le estarian muy mal, que á su palidez y á las hondas huellas de sufrimiento que habian alterado su semblante cuadrarian mal aquellos atavíos, y resultaría del conjunto la mas grotesca y repugnante de las figuras.

Todo esto lo pensaba Isolina, en silencio, por no disgustar á Pico, y se propuso al fin arreglar aquellos vestidos (mejor que le fuera posible.

Cuando Pico volvió á salir de la habitacion, Isolina se dedicó á arreglar su traje.

—¡Que extraña es esta época de mi vida en la que voy á entrar disfrazada con estos atavíos! no parece sino que el mundo es una gran comedia en la que es preciso aceptar un papel, aun cuando este no esté en armonía con nuestros sentimientos. ¡Que hemos de hacer! repetia Isolina suspirando sin abandonar su trabajo; al menos en el fondo de mi conciencia, no se levanta la carcoma de las malas acciones; yo no he querido ser mala, he preferido el tormento y lo he sufrido estoicamente; esto me da valor para seguir luchando; Dios me protegerá.

Se acercaba el dia de la funcion, Pico como no era mas que el apuntador, no tenia cuarto de vestirse en el foro, é Isolina debia vestirse en union de las demas figurantes en un cuarto destinado para todas.

—Estamos mal, dijo Pico entrando, todos los cuartos están ocupados y no he podido conseguir uno para usted, Isolina; pero no hay que aflijirse por eso, aquí se vestirá usted y cubierta convenientemente nos pasaremos al teatro.

—Está bien, dijo Isolina, tanto mas cuanto que no sé lo que se debe hacer en estos casos.

—No tenga usted cuidado, yo seré su mentor, pues aunque en materia de teatro no creo saber tanto como mi grande y buen amigo Romerote, no por eso nos quedaremos sin saber que hacer, y en tanto lo permita el pudor y se concilie con el respeto que á usted le profeso, concurriré á su *toilete*.

—¿Ya será hora?

—Sí, comenzaremos desde luego para tener tiempo de sobra.

Y diciendo esto Pico, sacó de un bulto que traia debajo del brazo, dos velas de estearina; las encendió, las colocó en dos botellas, y las puso á los lados de un pequeño espejo que iba á ser el tocador de Isolina; extendió una toalla sobre la mesa que estaba bajo el espejo, sacó su estuche de teatro que consistia en una caja con corchos quemados, pinceles, esponja, colorete, *crepé*, *goma*, alfileres, agujas y otras muchas menudencias.

—He ahí el tocador, querida Isolina, aquí estan los útiles del arte; dentro de esta caja está la belleza de los artistas, y mientras el mundo viva de ilusiones y el público quede satisfecho con las apariencias, no hay miedo de parecer feo, trigueño ó descolorido: figurones he visto convertirse en Adonis con solo la ayuda de este estuche misterioso; mire usted, Isolina, esto se llama toalla de Vénus, esta es una de las drogas mas asombrosas de la edad presente; con esta toalla, todas las mugeres son hermosas, y si ya lo son como usted, Isolina, ganan de todos modos.

—Pero yo ignoro la manera de usarla.

—Es muy sencillo.....ó mejor dicho, agregó Pico con cierta emocion, si usted quiere que yo.....

—Al menos la primera leccion.

—¡Ah!..... bueno, entonces la dejo á usted en libertad para hacer su *toilete* ordinario y despues.....

—Me acabo de lavar la cara.

—Entonces procedamos.

Y Pico temblando á su pesar, pasó suavemente por la cara de Isolina, la esponja impregnada de blanco.

Al traves del albayalde asomaba el rubor de Isolina, y mientras cerraba los ojos, Pico la contemplaba con avidez.

En poco tiempo Isolina estuvo trasformada y el mismo Pico se quedó abismado al contemplar tanta belleza.

Isolina tenia una estatura mediana, pero no pertenecia al gremio de las mugeres raquíticas y de angulosas formas; al contrario, Isolina era mórbida con esa redondez de formas que sabe resistir á los embates del tiempo, que subsiste aun á pesar del enflaquecimiento.

Isolina tenia una cabellera magnífica y habia acertado despues de algunas indicaciones de Pico, á peinarla de una manera graciosa y elegante; y como al emblanquecer el cútis se habian revelado mas claramente las líneas de su rostro, la belleza de Isolina se habia puesto de manifiesto una vez mas á los ojos de Pico.

Las tintas rosadas que habian huido ya como para siempre, habian vuelto con el poder del afeite; la sombra de los párpados, esa sombra violada de que se rodean los ojos cuando se han derramado lágrimas por largo tiempo, habia desaparecido, é Isolina aparecia rejuvenecida, rozagante y seductora.

Las ropas con que se habia engalanado, se habian reformado tambien; el corpiño de terciopelo ajustaba el talle sin dejar pliegues ni fruncimientos; la enagua se plegaba naturalmente y caia con gracia, los encajes y los lazos estaban arreglados y limpios; y en todo, en fin, se

notaba ese esmero prolijo, esa perfeccion de que están tan lejos las pobres figurantes destinadas por su propia incuria y por su triste suerte, á ser el blanco de las sátiras del público.

La misma Isolina leyó en su espejo no sabemos que halagos á su vanidad que se despertaba; y alguno de esos genios traviesos que velan en el retrete de las mugeres y recogen sus mas íntimas confidencias; alguno de esos génios, decimos, acababa de dibujar una sonrisa en los labios de Isolina, sonrisa que en el teatro es esa gota de *copal* que las floristas colocan sobre uno de los pétalos de la rosa que les pareció mas bien acabada; pero en Isolina era la gota de rocio que la aurora deposita en la flor que acaba de abrirse; esa gota llamada aljófar, perla, brillante y no sabemos cuantas cosas mas por los poetas, capaces siempre de darles tales nombres á las cosas, al grado de que ni las mismas cosas llegarán un dia á conocerse por sus nombres.

Pico estaba arrobado, estático, con un mundo en la cabeza y otro en el corazon. Pico estaba recordando todo lo que habia hecho por aquella muger, y todo le parecia poco y, ¡cosa rara! el amor de Pico habia subido en grados como el termómetro expuesto al sol.

Tal es el prestigio de lo bello, que á falta de lo bello en la verdad, única parte donde se le encuentra, segun Boileau, el hombre tiene una facilidad asombrosa para conformarse con lo bello en la mentira.

Testigo de este aserto era Pico, cuyo amor habia creci-

do merced á un poco de albayalde y de colorete y á un mal traje de guardarropía.

Isolina se cubrió de nuevo con su traje ordinario y salió con Pico con direccion al teatro.

—Falta una figurante! estaba diciendo el segundo apunte.

—Es la muger de Pico, gritó una aldeana con voz chillona.

—¿No la conoce usted? preguntó otra figurante.

—No.

—Pues yo sí, ya la verá usted, no es fea, pero nunca ha salido al teatro.

—¿No es la muger del apuntador?

—Yo no sé si será su muger; me lo supongo porque no me gusta quitar créditos, pero ello es, que se da mucho tono.

—¿Es posible?

—Figúrese usted que no quiso venir á vestirse con nosotras.

—¿No quiso confundirse? ¡Adios! si será alguna marquesa!

—Como si nosotros no fuésemos tan honradas como cualquiera.

—Pues ya se vé.

—No que porque una es del teatro, ya todos creen... ¡Ave María Pusísima! como si no fuera una capaz de ser buena cuando quiere, aunque sea en un cuartel.

—Ya se vé.

—Percances del oficio; si le digo á usted, compañera, que solo porque pagan tan mal la costura me he metido á cómica.

—Y yo tambien, figúreme usted, abandonada por mi marido; porque yo soy casada.

—¿Sí?

—Y con dos niños de mis pecados que me dan una guerra.....

—¿Y donde se habrá vestido esa señora?

—En su casa.

—¡Jesus! que pudor tan raro!

—Que quiere usted! nos tendrá horror.

—Pensará que somos animales raros.

—Déjela usted que venga y verá usted.

—Allí viene.

—¿Con Pico?

—Sí.

Pico efectivamente llegaba con Isolina.

—Recomiendo á usted mucho esta señora, comadre; dijo Pico dirigiéndose á una vieja.

—Compadrito, ¿qué anda usted haciendo?

—Aquí tiene usted esta señora que recomiendo á usted mucho; tenga usted la bondad de no abandonarla y de decirla lo que debe hacer en la escena.

—Está bien, compadre, será usted servido.

Pico tenia ya que bajar á la *concha*, é Isolina se quedó en poder de la vieja que tambien estaba vestida de aldeana.

Un murmullo sordo, como el de un enjambre, se levantó entre las figurantes apenas se hubo separado Pico.

—Venga usted, mi alma, dijo á Isolina la vieja aldeana y la introdujo al cuarto del vestuario. ¿Ya viene usted vestida, no? hizo usted muy bien, porque esto está muy incómodo para ocho; pero paciencia, los mejores cuartos son para las actrices; como si nosotras por ser coristas y partes de por medio no fuéramos mugeres!

—Si le digo á usted, dijo otra aldeana, que el dia menos pensado nos obligan á vestirnos en el cuarto de los mites.

—¡Dios nos libre!

—Pues solo eso nos falta.

—Le ayudaré á usted, mi alma, dijo la comadre de Pico; ¿como es su nombre de usted, mi vida?

—Isolina.

—¡Ah! Isolina, qué bonito nombre!

—Se llama Isolina, dijo una aldeana á otra, y de una en una lo supieron todas.

—¡Isolina! ¿y ustedes lo creen?

—Yo la verdad no.

—Yo he conocido personas que para entrar á la carrera se quitan el nombre, como si el teatro fuera una cosa deshonrosa.

—Caba! y sin ir muy lejos, la primera dama de esta compañía no se llama como dice.

—¿No?

—Yo les contaré la historia.

Entretanto la comadre de Pico habia despojado á Isolina de sus ropas exteriores.

—Ese vestido no es del guardaropa, le dijo la comadre inmediatamente que vió á Isolina vestida de aldeana.

—Sí señora, es del guardaropa, sino que yo lo arreglé, casi lo hice de nuevo.

—Ya se vé, pues hizo usted muy mal.

—¿Por qué? preguntó Isolina sobresaltada.

—En primer lugar, porque no es bueno singularizarse, porque cuando la vean á usted las demas, van á poner el grito en el cielo al considerarse menos que usted; y en segundo lugar, que al director no sé si le gustará que le cambien sus vestidos.

—Pero en todo caso, dijo Isolina, yo no he hecho mas que arreglarlo.

—Sí, pero de un modo tal que parece otro; en fin, ya verá usted lo que son nuestras compañeras.

Llegó hasta Isolina un gran rumor que no pudo comprender, y se estremeció.

—Es que levantaron el telon, dijo la comadre.

Isolina se puso á temblar.

—No hay que tener miedo, mi alma, es necesario acostumbrarse; yo tambien temblaba antes; pero hoy ¡si viera usted con cuanta serenidad aguanto los ceceos!

—¿Los qué? preguntó Isolina.

—Los ceceos y las burlas, porque ha de saber usted que nosotras, (y usted tambien,) formamos un cuerpo, que en lo general es el punto débil de toda compañía: por buenas que sean nuestras compañeras, son tan feas y tan ridículas, que ya es una cosa sabida que no pasamos, así podiamos no hacer mas que presentarnos, porque los cócoras parece que no tienen otra cosa de que burlarse mas que de nosotras.

Isolina habia salido del cuarto y esperaba detras de un bastidor la hora de su salida; pero sin separarse de la comadre de Pico.

Ya habian pasado algunas escenas, é Isolina se consolaba de que el tiempo fuera pasando sin llegar el momento de presentarse; pero de pronto sintió en el hombro una mano grosera, y oyó muy cerca de sí una voz aguardientosa y brusca que le dijo:—¡Fuera, fuera todas!

Las figurantes se precipitaron entre dos bastidores, é Isolina tuvo que salir.

Formáronse en ala; movimiento único que han aprendido todos los comparsas desde tiempo inmemorial, y que siguen ejecutando invariablemente á pesar de la propiedad escénica y del sentido comun.

Isolina estaba deslumbrada y no se atrevía á fijar la vista en el público; se habia quedado un poco atras, pero sus compañeras la hicieron salir, aunque no de una manera muy cortes.

—¡Adios! le dijo la mas próxima, salga usted al frente; ¿ó cree usted que le pagan para quedarse atras?

—Mira qué egoista es la nueva; cómo se esconde.

—¡Pobre!

—¿Pobre? pobres de nosotras que somos las que estamos al frente; mira como se rien los de aquella banca.

—Que empujen á la nueva, dijo una.

—Que la empujen, dijo la que seguia.

—Que salga usted, señora, le dijo otra á Isolina.

Isolina se colocó en el lugar en que le tocaba, y creyó percibir cierto rumor entre los concurrentes.

Efectivamente, aquel rumor se habia levantado; pero era de admiracion.

—¿Quién es aquella?

—Una figurante nueva.

—¡Hola, hola! dijo un viejo concurrente; aquel trozo de carne me parece de contrabando.

—¡Es hermosísima! exclamó otro.

—¿Ya vió usted á la figurante?

—¿Cuál?

—La tercera.

—¡Hombre! ¿pero quién es?

—No sé.

—¿Es alguna actriz que ha tenido la humorada de salir de comparsa?

—Vale mas que todas.

—Inclusas las damas principales.

Estas eran las palabras que se oian por todo el teatro.

Al caer el telon entraron al foro mas de veinte personas, con el exclusivo objeto de ver de cerca á Isolina.

Pico desde la concha habia previsto esto; pero por mas

que se apresuró á salir, cuando llegó al cuarto de las figurantes se lo encontró invadido por cuatro individuos.

Uno de ellos, el mas intrépido, habia tomado un asiento junto á Isolina.

Pico se acercó lo mas que pudo.

La persona que hablaba con Isolina, era un jóven que pasaba por el mas calavera de la ciudad.

—¿Es usted nueva en la compañía? le estaba diciendo.

—Sí, señor, le contestó Isolina.

—¿Cómo se llama usted?

—Isolina.

—¡Qué lindo nombre! ya se ve; una muger tan hermosa como usted, no podia menos que tener un nombre tan simpático. ¿Conque Isolina?

—Sí, señor.

—¿Y dónde vive usted?

—En mi casa, contestó Pico mirando fijamente al personaje, quien á su vez se cortó y se quedó viendo á Pico; pero reponiéndose bien pronto exclamó:

—¡Ah, muy bien! y volvió á emprender la conversacion con Isolina.

—¿Y le gusta á usted el teatro?

Isolina no contestó, porque estaba viendo venir una tempestad.

Otros tres caballeros se habian acercado para formar corro al rededor de Isolina.

—¡Mira qué brazos! dijo recio uno de aquellos calaveras, que no se atrevió á dirijirle la palabra á Isolina.

—¡Y qué pié! dijo otro.

—¡Y qué pecho! dijo el tercero, lanzando un grotesco suspiro.

—¡Caballeros! dijo Pico incomodado, ¿tienen ustedes la bondad de retirarse? este es el cuarto de las señoras y lo han invadido ustedes sin consideracion alguna.

—¿Quién es ese que nos regaña? dijo un valiente.

—Yo, contestó Pico levantando la cabeza, irguiéndose lo mas que pudo.

—Si no pueden entrar aquí los hombres ¿por qué entró usted? dijo uno á Pico.

—Porque soy de la compañía y tengo derecho.

—Nosotros tambien, porque somos amigos del empresario.

—¿Qué sucede? dijo el primer galan presentándose en medio de un compacto grupo que se habia formado ya en la puerta del cuarto.

—Es el señor Pico, gritó una figurante, que está echando á los señores.

—¡Cómo se entiende! ¿á mis amigos?

—Es un hombre grosero, dijo uno de los calaveras, no es capaz de verme la cara fuera de aquí.

—En todas partes, dijo Pico.

El calavera valiente se acercó á Pico, para decirle al oido una de esas frases que no son para escritas.

Pico contestó categóricamente.

—¡Vamos, vamos, señores! dijo el empresario, calma, no hay que alborotar.

—Es que yo no encuentro justificable ni digno de un hombre decente, venir á faltar al respeto á una señora, solo por el hecho de haberse presentado en escena. ¿Es acaso el teatro algun garito?

—Pico, suplico á usted que se modere, dijo el empresario.

—¿Qué sucede? preguntaban en los cuartos y por todas partes.

—Nada, qué ha de suceder, dijo una figurante, que la nueva ha venido á introducir el desórden.

—¿Quién es la escandalosa?

—La muger de Pico.

—¡Vaya una *pécora!*

—¿Quién, la bonita?

—Sí, la misma.

—¿Pues si eso es la primera noche, qué se nos espera en lo sucesivo?

—Por ella no me he acabado de peinar.

—Invadieron el cuarto los hombres.

—¿Por qué no cerraste?

—Porque se metieron.

—Pero yo creo que ese señor Pico no es su marido.

—Sépalo Dios.

—Ella viene con él.

La comadre de Pico hablaba á la sazon con un señor de capa española, que estaba medio oculto tras de un bastidor.

La campanilla de prevencion, vino á restablecer el órdeu

den en el foro, que iba convirtiéndose por momentos en una torre de Babel, en la que todos hablaban, pero sobre el mismo tema.

—Comadre, dijo Pico acercándose á la vieja figurante, no se separe usted de Isolina, y en el otro entreacto váyase usted con ella al cuarto del segundo galan, con quien ya me puse de acuerdo para que no deje entrar á nadie.

—No tenga usted cuidado, compadre, que no se volverá á repetir la escena anterior.

—Solo en usted fio, comadre.

—Y tiene usted razon, que yo sé muy bien guardar una prenda, y jure usted que Iselina es para mí ya una cosa sagrada.

Pico corrió para hundirse en las tablas y llegar pronto á la concha, porque ya iban á levantar el telon.

Siguió el segundo acto, en el cual Isolina tuvo necesidad de salir dos veces.

Los calaveras, sabiendo que Pico era el apuntador, se quedaron en el foro durante el acto, y á pesar de la vigilancia de la comadre de Pico, encontraron ocasion para hablar á Isolina.

—Es usted la muger mas linda que ha pisado el teatro.

—¿Es usted casada? le dijo otro.

—¡Ay! qué bracitos tan redondos! le dijo otro al pasar.

Isolina se vió constantemente amagada por aquella nube de galanteadores de mal género; uno se le acercaba mucho bañándole con su aliento alcohólico; otro la pisaba

suavemente un pié; el otro la espetaba una de esas flores que para una señora son un insulto; quien la convida á cenar, quien le ofrece un ponche, quien le pregunta donde vive, y todos, en fin, como si se hubiera tratado de un rey de burlas y no de una señora, le dirigieron palabras que la hicieron ruborizar, acabando por hacerla derramar lágrimas de amargura y humillacion.

—¡Qué horrible es el teatro! decia interiormente Isolina; debe ser esto un foco de corrupcion, una sentina de vicios, cuando los hombres decentes se permiten pasar los límites de la decencia sin mas antecedentes de mi persona, que el de figurar entre los comparsas.

¿Qué serán entonces todas esas mugeres que me rodean? ¡Dios mio! dame fuerza para sufrir tanta humillacion y tanta afrenta.

No le bastó á Isolina ni su dignidad, ni sus desdenes, ni sus severas respuestas para librarse de los calaveras; estos reian á cada contestacion de Isolina y volvian á insistir en sus desvergonzadas pretensiones.

Terminó el segundo acto y al caer el telon la vieja cumplió su palabra, pero aquello fué una inútil precaucion, pues los calaveras abandonaron el foro sabiendo que solo en los entreactos podian ser vigilados por Pico.

Solo el valiente permaneció allí, y cuando Pico pasó junto á él, le dijo algunas palabras en voz baja.

Pico entró al cuarto donde le esperaban Isolina y la comadre.

—Hemos hecho una barbaridad, exclamó Pico; bien hacia yo en resistirme tanto á que usted, Isolina, se presentara en las tablas.

—¡Yo no sabia lo que son las tablas! dijo Isolina con tono de profunda amarguna.

—Usted no es para esto, y no volverá á suceder; yo trabajaré, que es lo que debe ser; pero usted, jamas!

—Si puede usted, compadre, hará usted muy bien, porque esto del teatro es muy penoso; á mí tambien me ha costado muchas lágrimas.

—Oiga usted, comadre, al terminar la pieza vuelve usted á venir á este cuarto, y aquí me esperan; podré tardarme un poco al acabar la funcion; pero no le hace, aquí me esperan.

Pico salió del cuarto y un momento despues comenzó el tercer acto.

Apenas cayó el telon, Pico se sumió en la concha y salió al foro, buscó algo por todas partes, y cerca de la puerta de salida estaba el calavera valiente, quien al ver á Pico echó á andar y Pico le siguió.

En la puerta del teatro estaban los demas calaveras, quienes á su vez siguieron á Pico y á su contrario.

Cuando hubieron llegado á una calle solitaria, el calavera valiente se desató en denuestos é insultos contra Pico, quien midió con la vista el grupo y arremetió denodadamente contra su contrario.

Pico era nervioso y fuerte, y al segundo golpe su adversario habia caido en tierra desangrándose de las narices.

Pico recibió por detras un bastonazo y se lanzó entonces contra el grupo, emprendiendo denodada lucha contra el dueño del baston hasta que logró quitárselo; entre tanto habia recibido varios golpes en la cabeza, pero una vez dueño del palo, arremetió ciego de ira y con nuevo vigor contra los tres que lo agredian; acertó algunos golpes y recibió otros por la espalda; derribó á otro de sus adversarios, á quien asestó un furibundo golpe en la cabeza; y defendiéndose y atacando con piés y manos iba ya á quedar completamente victorioso, cuando oyó cerca de sí la detonacion de una pistola y se deslumbró con la luz de la pólvora; en seguida se sintió en el suelo recibiendo golpes en la cabeza y en el cuerpo.

Una patada que recibió en el estómago acabó de privarlo de conocimiento.

El ruido de los golpes y los gritos habia atraido ya al lugar del suceso á muchos de los concurrentes que salian del teatro; habian llegado dos guardas y la alarma se habia difundido por las calles vecinas.

Ocurrió la autoridad, y dispuso que Pico fuese conducido á la cárcel, mientras que el que habia provocado el lance fué detenido en la prefectura.

Pico volvió en sí al cabo de algun tiempo, y se sintió conducido en brazos de los guardas.

Lo primero en que pensó fué en Isolina, se puso á gritar suplicando que le permitieran pasar al teatro, pidió que llamaran al empresario, pretendió desasirse de los que lo

conducian; pero sus desesperados esfuerzos no sirvie
sino para agotar todas sus fuerzas volviéndose á que
sin conocimiento.

CAPITULO XV.

ISOLINA, LA COMADRE DE PICO Y EL DE LA CAPA.

APENAS habian trascurrido algunos mimutos despues de haber caido el telon, Isolina empezó á alarmarse por la tardanza de Pico; pero á medida que el tiempo trascurria, Isolina se ponia mas y mas inquieta.

—No tenga usted cuidado, mi alma, le decia la vieja; usted no conoce el teatro, el señor Pico ha tenido necesidad de ir á la contaduría por su diario y por el *volo de usted*, pues si uno no anda listo en estos lances el dia siguiente le van saliendo con que no hay dinero; usted no conoce todavía el teatro y por eso se alarma por esas cosas.